

# Visita al poder detrás del trono



*Julián Medrano Hoyos\**

*jmed1989@gmail.com*

El calor ahogado se convierte en humo cuando la colilla del cigarrillo de Augusto Cadavid cae en un charco frente a la entrada de la cárcel La Picota de Bogotá. Desde la parte de afuera, ya se respira el olor de la comida revuelta y mazacotuda que les sirven a los presos menos favorecidos económica y políticamente a la hora del desayuno. Augusto prende otro cigarrillo para camuflar el olor con uno más familiar para él. Son las 8:00 a.m., hora de las visitas, y su turno de entrar.

La cárcel se encuentra al sur de Bogotá, sobre la avenida Caracas. Carros y buses entran a un parqueadero con el piso de piedras sueltas y arena. Allí hay varias casetas de lata donde señoras y niños de escasos recursos venden fritanga, tinto y todo tipo de comida callejera. En la penúltima tienda venden unas fichas de \$10.000, que equivalen a un pollo asado o a un plato de carne que podrá ser reclamado dentro de la cárcel. En la última caseta, saliendo del parqueadero, se presta un servicio imprescindible para los visitantes. Una señora recibe todos los objetos personales: dinero, documentos, celulares, llaves y los mete en una bolsa plástica, la sella y la entregan y cobra mil pesos. La mujer recibe la bolsa y pregunta, "¿tiene foto?", pero, "¿cuál foto?" Es el documento que se necesita para ingresar, es decir, una fotocopia de la cédula que, en caso de ser de aquellas en las que no se reconoce el rostro de la persona en blanco y negro, se debe adjuntar una fotografía reciente en la parte de atrás y laminarla. Ésta va a ser la tarjeta que lo representará como el visitante de un club para el que no hay que pagar la entrada, pero sí la salida. En caso de que el visitante no tenga, no hay problema, antes de la entrada principal hay otras casetas improvisadas donde se hacen fotocopias y se toman fotos, que seguramente han sacado de apuros a más de uno. Es todo un monopolio del estrato uno.

▷▷ \* Estudiante de Literatura de la Universidad Javeriana.  
Taller Biblioteca Luis Angel Arango.

## ♦ Rumbo al búnker

Se abren un par de rejas gigantes y Augusto empieza a caminar, desanimado, de mal genio, con ganas de estar en cualquier otro lugar. Camina lentamente, pisando fuerte para escuchar el sonido que produce la suela de sus zapatos en el piso de piedras sueltas. Debe caminar cerca de un kilómetro, al aire libre y para su desgracia ha estado lloviendo. Piensa en Murphy y les dice a los hombres que lo acompañan: *“Cuando las cosas están mal, lo más probable es que se pongan peor”*. A lo largo de este camino hay varias oficinas en donde se controla el papeleo que se lleva a cabo: la comida, los presos, lo que se gasta, lo que se pierde y lo que se roban. Llegan al final del camino y se encuentran con un puesto donde les preguntan sus nombres, el nombre del preso al que van a visitar y su parentesco. Curiosamente, para esta entidad, sólo existen dos: *amigo o familiar*, lo que molesta a Augusto porque a quien va a visitar no es ni lo uno ni lo otro. Suele decir que el hombre es un *conocido*, para que el guardia de turno arbitrariamente cree entre ellos una relación más íntima, y escriba: *amigo*. Más adelante les harán las mismas preguntas en otros puestos de control.

Lo primero que ven cuando los dejan pasar es una estatua de un angelito, acabada por la lluvia y sucia a la cual *“se encomiendan todos los que perdieron su alma”*, dice Augusto entre risas. A la izquierda hay un asadero, sí, un asadero enorme con unas chimeneas que se alcanzan a ver varios kilómetros antes de llegar. Ahí cambian las fichas que compraron en la humilde caseta de latón a la salida del parqueadero. Augusto y sus compañeros compran siempre unos diez o quince pollos.

Al fondo se alcanza a ver un búnker de concreto, reforzado con varillas de acero en donde se encuentran los presos de estratos 1, 2, 3. A la derecha hay otro puesto de control. El primer obstáculo con el que se enfrenta todo el que va a máxima seguridad. Más allá hay un camino con casas que cualquiera creería que son el hogar del director de la prisión o de algún otro funcionario. Son las “celdas” de los parapolíticos. Hay también otro pabellón exclusivo para los homosexuales, que deben estar apartados.

El pabellón de máxima seguridad es una fortaleza, aún más grande que la anterior, y la fachada es menos deprimente. A pesar de que ha ido ya en repetidas ocasiones, Augusto no se acostumbra al tedioso proceso de ‘iniciación’ para ingresar a aquel manicomio de condenados. Primero, una exhaustiva requisa, en la cual hay que quitarse hasta los cordones de los zapatos para que los guardias estén seguros de que los objetos personales fueron dejados en la entrada, como cuando se entra a un supermercado con paquetes. Teóricamente los visitantes sólo pueden ingresar con un esfero y algo en donde anotar, pero eso depende de a quién vayan a visitar. Terminado el “raqueteo”, en su antebrazo le ponen un número con lo que parece un dispositivo para poner sellos en las empresas. El número con el que marcan es un consecutivo que corresponde al orden de llegada, es decir, aquel que entró primero tiene el número 001 y así sucesivamente. Además, lo estampan con un sello visible sólo con luz ultravioleta, que en contraste con el sórdido ambiente

carcelario que se respira, tiene la imagen de personajes de Disney y Warner Brothers. A algunos les toca la cara de Mickey Mouse, y a otros la de Bugs Bunny. A medida que avanza y llega a diferentes puestos de control, le adicionan un nuevo motivo.

### ♦ **Pabellón de 'máximo confort'**

Una vez ha sido manoseado por los vigilantes, debe someterse a un minucioso examen de huellas digitales. Le toman las impresiones de cada dedo y las analizan cuidadosamente con lupa, para luego compararlas con las que se plasmaron en el papel. Caminan unos cuantos metros más y les pedirán que dejen la foto, les volverán a preguntar sus nombres, el nombre del preso y el parentesco. Pocos metros después habrá otro "raqueteo", más detenido que el anterior. Éste es el último control de seguridad. Finalmente, cuando los dejan pasar pueden ver los pasillos y las celdas, distribuidas en dos pisos, que no tienen barrotes de acero —por los cuales los presos sacan la cabeza lamentándose con una clamada inocencia, en busca de alguna ayuda divina que lógicamente no llegará jamás—; éstas son habitaciones de tres por tres metros con camarotes de concreto puro, fundidos al piso y a la pared, un inodoro y una puerta de seguridad con una ventanilla de vidrio blindado.

Máxima seguridad es equivalente a máximo confort. A algunos de los que se encuentran en este sector les toca pagar una pensión para permanecer ahí que no baja de los diez millones de pesos mensuales, con la que adquieren ciertos privilegios como: comida a la carta, celdas más grandes, mejor ubicadas, para ellos solos (ya que los demás tienen celda compartida), ingreso de objetos no permitidos por parte de los visitantes, televisión, cama cómoda, computador, escritorio, entre otros lujos. Lo que no quiere decir que todos los ocupantes de esta zona gocen de todas estas comodidades. Hay quienes están condenados por la gravedad del crimen cometido, ya sean delitos de lesa humanidad, narcotráfico, entre otros.

Al final del pasillo principal está el patio. Un lugar muerto, iluminado por la oscuridad de las vidas de quienes lo visitan a diario. Máquinas para hacer ejercicio, bancos de parque y un triste piso de concreto conforman el único lugar con visos de libertad de toda la cárcel. Visos que se interrumpen cuando se mira al cielo y se ve aquel lienzo azul de trazos blancos entrecortado por una malla de seguridad. La melancolía que produce ver un cielo cuadrículado les recuerda a todos que tal vez nunca vuelvan a ver las maravillas que hay debajo de él.

Cada vez que viene, Augusto siente que todo ese proceso es el mismo al que son sometidos los presos nuevos cuando entran. Cree que mientras uno esté allí, así sea de visita, es un preso más de la cárcel que corre los mismos riesgos que cualquier otro. En ocasiones le dan ganas de hablar con alguno de los guardias acerca de sus miserables vidas. Según dice, *"parecen como sacados del mismo molde. Grandes y con complejo de superioridad. Siempre con la mirada en alto, y con alguna sonrisilla en la cara. Con un bolillo en un costado de la pierna creyéndose mejores personas que todos los que están allí. Mejores que los presos, precisamente porque les ordenan qué hacer y qué no, y mejores que nosotros los visi-*

*tantes por tener que venir a este lugar que odiamos y que algunos de ellos consideran su hogar, el único sitio donde se sienten superiores porque en el mundo real no son nada. Siempre los he considerado como presos con privilegios. Claro que cuando están cerca de los que realmente mandan, los de máxima seguridad, se les bajan los humos. Creo que ha de ser interesante la repartición de las mensualidades que pagan los duros por las comodidades que les brindan. Me repugna imaginarme la ferocidad con la que deben devorarse la carne que les botan. Vea, entrar ahí es como entrar a una ciudad, hay varios edificios y tiendas en donde usted puede comprar lo que quiera, hay un buen ejército, un presidente, un alcalde, y como siempre, está el poder detrás del trono.*

*No sé quién se asusta más cada vez que tengo que ir a una reunión a la cárcel, si mi esposa o yo. La simple idea de que ocurra un motín, o una balacera me paraliza, más aún sabiendo la clase de personas con las que estoy rodeado. Si le contara las historias que me han contado unos cuantos desgraciados con los que me he visto en la obligación de hablar quedaría igual de aturdido que yo. Ya no estoy para escuchar como asesinan personas inocentes a diario, a sangre fría y con regocijo”.*

### ♦ “El Patrón”

El preso al que va a visitar Augusto se encuentra en el pabellón de ‘máximo confort’. No me quiso decir su nombre, pero me dijo que lo pedían en extradición por narcotráfico; que no se lo iban a llevar; que estaba condenado a 200 meses; que llevaba ocho años y que saldría antes de finalizar el 2007. Su pena había sido rebajada por estudio, trabajo, buen comportamiento, y, tal vez la mayor razón, por tener mucho dinero.

Cuando Augusto llega a su celda hay una fila de aproximadamente cinco personas para verlo. En ocasiones las visitas se llevan a cabo en el patio, durante una caminata, cuando no son de mayor importancia. Sin embargo, esta visita le tocará en la celda. Mientras espera, debe entrar en la de al lado, en la que sí conviven dos presos. Dos asesinos, conocidos a nivel nacional, con los que se ve en la obligación de entablar conversación. Conversación que con los minutos se va tornando más sórdida a medida que relatan sus anécdotas de cómo mataron a unos agentes del DAS, de la Fiscalía y, en el peor de los casos, a los campesinos ajenos al conflicto.

Hastiado de muerte, finalmente es llamado a hablar con “El Patrón”. Le entrega los pollos, que reparte a todos los presos que se encuentran alrededor. Llegan como abejas a la miel y con gestos de agradecimiento se arrastran cada vez más ante la aparente generosidad de este hombre. El motivo de su visita es contarle cómo van los negocios de su hermano, con el que perdió el contacto hace tiempo. Hablan durante varias horas, almuerzan mejor que en cualquier restaurante de alcurmia bogotano, hasta que al fin sale con dolor de cabeza y fumándose un cigarrillo a medida que camina por el pasillo principal. Mientras avanza, con pasos lentos y perezosos, reflexiona sobre todo lo que controla la persona que acabó de dejar atrás.

Hoy pudieron visitarlo casi diez personas porque le compró las visitas a los presos de la celda de al lado, ya que cada interno tiene derecho a dos visitantes semanales; él compra a los demás sus derechos con dinero y pollo asado. Les negocia los minutos que le corresponden a cada uno a la semana y termina con varias horas disponibles para sus charlas. El dinero manda en todos los aspectos de la vida: compra lujos, tiempo, comida, derechos y una relativa libertad, pero no puede dar la satisfacción de mirar al cielo sin una malla de seguridad que lo cubra. Afuera hay un monopolio de casetas de latón y adentro el monopolio de un hombre, el poder detrás del trono.

Lo revisan en cada estación y le lavan las yemas de los dedos con un solvente para asegurarse de que no lleva unas huellas falsas de silicona o de algún otro material. Se los limpia, camina cada vez más rápido hasta sentir de nuevo el aire contaminado de Bogotá; respira profundo y mira el cielo —nublado todavía—, agradecido por verlo sin obstáculos.